

LA VIRGEN DE VAN-DICK.

En uno de los espaciosos salones del Palacio de Saint James y entre los muros de damasco y tapicería que lo guarnecían se ofrecía á la vista como una rica canasta, un grupo de mugeres jóvenes y bellas. Cada cual tenía entre sus dedos finos y blancos, una de esas obras de aguja que las niñas hacen aparecer tan graciosas á las miradas, que se asemejan á *bouquets* matizados de mil colores: esperaban, conversando de cosas alegres, que se levantara la reina, de las que eran damas de honor: una sólo por su edad y la gravedad de su persona, hacia sombra á este último cuadro: era la gran duquesa de Alby, la primera dama de honor y la más antigua en palacio.

En medio de tan brillantes flores, la más joven se hacía notar por la simplicidad de sus *toilettes* y la modestia de sus miradas. Su vestido de terciopelo negro se abría sobre un ancho viso de raso blanco; sus mangas acababan en el codo, y dejaban ver por toda coquetería dos brazos y dos manos lindísimas. Un cuello plegado al rededor de su garganta dejaba traslucir su gracia y blancura; una gran cadena caía sobre su pecho, y sus cabe-

nos separados en bandós sobre su frente, se veían trenzados y cojidos por un ligero tul.

Era la hija de una de las más ilustres casas de la Escocia; su padre, lord Ruthwen, conde de Gorre poseía bienes considerables y un blason que pesaba aun más que su oro. Dolly, tal era su nombre, hacia poco habia llegado á la corte de Inglaterra para ser colocada al lado de la reina y para completar allí la educación piadosa que habia recibido de sus padres; reclusa y retirada, elevaba su alma inclinada por instinto hácia las cosas graves, y para aquel corazón tierno é impresionable, el arte sublime iluminaba su antorcha. En la pintura, en que sobresalía su pensamiento, descubria infinitos tesoros. Era allí donde esta joven melancólica y dulce encontraba lágrimas y goces.

Su padre poseía inmensas galerías de trabajos de los primeros maestros; ella se habia creado mundos animados de todos aquellos grupos mudos. Pablo el Veronés, el Gnido, Rubens, eran sus amigos. Ella les agradecía: tanta obra maestra le mostraban la vida en medio de su soledad.

Sus hábitos y sus maneras eran contrarias á las de aquellas jóvenes acostumbradas á la mayor independencia y libertad.

Tímida y dulce, apenas osaba responder á las palabras de sus compañeras.

Daban las diez en el gran reloj del salón y todas las miradas se dirijieron hácia él.

—Tarda bastante en venir, dijeron muchas voces; al mismo tiempo, un lacayo anunció al pintor Van-Dick.

A estas palabras dejóse oír un ruido de perlas y sedas entre las bellas; como flores mecidas por el viento; todas se agitaron sobre sus taburetes de terciopelo, arreglando sus anchos vestidos y dando en seguida una mirada á sus toilette, buscaron un nuevo encanto.

El joven discípulo de Rubens, aunque acostumbrado á contemplar la belleza, no pudo contener un gesto de admiración y de sorpresa viéndose en medio de un círculo brillante.

La duquesa de Alby, creyéndose causa de la cordedad del joven, intentó sacarlo de su turbación; y hé aquí como se condujo:

—Se dice que teneis talento, amigo mio.

—Se me hace mucho honor, señora duquesa; los

que dicen eso me juzgan con bondad, porque aun no he producido nada que lo atestigüe.

—Van-Dick dió tal seguridad y firmeza á su respuesta, cuanto era impertinente la pregunta.

Dolly, orgullosa como una Escocesa, se habia avergonzado por el tono insolente de la duquesa; se llenó de placer por la respuesta del joven pintor, y levantó su vista sobre él; el joven la comprendió y le agradeció en su corazón.

—Bien! bien! eso es lo que veremos, porque la reina os vá á poner á prueba; su majestad quiere renovar los adornos de su capilla y tendreis bastante que hacer. Para vuestros trabajos de invierno se os dá el palacio de Blaifford; es un antiguo monasterio que se vé de aquí, en donde estaréis libre y solitario; para los de verano el castillo de Eltheim. Creo que es bastante para un artista.

El arte es una realeza que no se paga, señora duquesa, y si yo poseyera el talento á que aspiro, los favores que me echais en cara no serían suficientes para pagar mi pincel.

Mui bien; sois orgulloso y nosotros somos nobles; no obstante esos honores son bajo una condicion: la reina os proclamará su pintor, cuando hayais ganado el premio en el concurso abierto á los discípulos de Roma: se trata de una cabeza de la Virgen.

—Si señora, pero si la protección de la reina es á esa condicion, temo no obtenerla.

—Cómo?

—Porque no conseguiré el premio, respondió Van-Dick con una espresion de tristeza que pasó al alma de Dolly y se reflejó en su bello semblante.

—Y por qué rehusais ese honor? os falta fé por ventura?

—No, señora; pero como representar á la madre del Salvador, como ella debe ser? No tengo modelo.

Al pronunciar estas palabras detuvo sus miradas sobre Dolly.

—He buscado do quiera, pero en vano ese celeste rostro. En ninguno encontraba ese candor del alma que se refleja en la mirada; ninguno poseia esa dulzura y esa admirable bondad que revelaba en cada uno de sus movimientos la indulgente hermana de las mugeres.

(Continuará)